

enferma, y por su desgracia, me tocó á mí el ser su médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarían mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de cuatro días llené de luto el juego de pelota, porque envié á la dueña del juego adonde enviaba á mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de cuanto dejó. Don Rodrigo, desesperado de haber perdido su novia, ó más bien dicho, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no satisfecho con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me atravesaría de parte á parte con la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mío caritativo, y me aconsejó que no saliese de casa para no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció que no era de despreciar, me llenó de miedo y turbación. Continuamente me imaginaba que veía entrar en casa al furioso vizcaíno, y este pensamiento no me dejaba sosegar. Obligóme, en fin, á dejar la medicina y buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á coger mi vestido bordado, despedíme de mi amo, que por más que hizo no me pudo contener, y al amanecer del día siguiente salí de la ciudad, temiendo siempre encontrar á don Rodrigo Mondragón en el camino.

CAPÍTULO VI

Adónde se encaminó Gil Blas después que salió de Valladolid,
y qué especie de hombre se incorporó con él

Caminaba muy aprisa, y de cuando en cuando volvía á mirar atrás por ver si me seguía el formidable vizcaíno. Teníale tan presente en la imaginación, que cada bulto y cada árbol me parecía que era él, y continuamente me estaba dando saltos el corazón; pero después que anduve una buena legua, me sosegué y proseguí mi viaje con mayor quietud, dirigiéndome á Madrid, adonde había hecho ánimo de ir. No sentí dejar á Valladolid, y sólo sí el haberme separado de Fabricio, mi amado Pílates, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina; antes bien pedía perdón á Dios de haberla ejercido. Con todo, no dejé de contar el dinero que llevaba, aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos; semejante á las mujeres públicas, que después de arrepentidas de su mala vida, no por eso dejan de contar con gusto el dinero que les ha valido. Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creía hacer fortuna. Además tenía gran gana de ver aquella corte, que me habían pintado como el compendio de todas las maravillas del mundo.

Mientras iba pensando en lo que había oído decir de ella, y recreándome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba había de gozar, oí la voz de un hombre que venía cantando tras de mí á gaznate tendido. Traía á cuestras una maleta, en la mano una guitarra y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brío, que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habían estado presos conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos; y aunque uno y

otro estábamos en tan diferente traje, quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel sitio. Si yo me mostré alegre por ir en su compañía durante el viaje, él no manifestó menos alborozo por haberme encontrado. Conté brevemente la causa de haber dejado á Valladolid, y él me correspondió diciéndome que había tenido una pelotera con su maestro, de cuya resulta uno y otro se habían despedido para siempre.

— Si hubiera querido mantenerme aún en Valladolid, añadió, habría encontrado diez tiendas por una, porque sin vanidad me atreveré á decir que acaso no se hallará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos bigotes; pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de la que ha diez años que faltó. Quiero respirar algún tiempo el aire nativo y saber cómo están mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa muy conocida, más acá de Segovia.

Me determiné á ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde allí pasar á Segovia con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzamos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozo de buen humor y de muy grata conversación. Al cabo de una hora me preguntó si tenía apetito.

— En llegando al mesón lo veremos, le respondí.

— Pero ¿no se puede tomar antes una parva?, me replicó; yo traigo en la alforja algo que almorzar: cuando camino, siempre tengo cuidado de llevar para la bucólica, y no gusto de cargar con vestidos, ropa blanca ni otros trastos inútiles, metiendo sólo en la alforja municiones de boca, mis navajas y un poco de jabón y colgando la bacía del cinto.

Alabé su previsión, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponía. Me sentí con hambre, y consentí en gozar de un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado, donde sacó su provisión el barberillo, que toda consistía en media docena de cebollas, algunos mendrugos de pan y unos bocados de queso; pero lo que presentó como lo mejor y más precioso de la alforja, fué una botita llena de vino, que aseguró ser muy exquisito y sabroso. Aunque los manjares no eran los más delicados, como á los dos nos apretaba el hambre, nos supieron muy bien y no los desairamos. Vaciamos también toda la bota, que hacía dos azumbres, de un vino que á mi parecer no merecía que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluída nuestra frugal refacción, nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viaje con más vigor y con ma-

yor alegría. El barberillo, á quien Fabricio había dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me rogó que se las contase, para poder decir que las había oído de mi propia boca. Pareciéndome que nada podía negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo, le dí el gusto que deseaba, y en correspondencia le dije que era menester me refiriese también él su vida.

— Por lo que toca á mi historia, contestó, no merece cierto ser contada, porque toda ella se reduce á hechos sencillos; pero sin embargo, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que entretenernos, se la referiré á usted tal cual ella ha sido.

Y diciendo y haciendo comenzó á contarla poco más ó menos en los términos siguientes.